

Métodos de Análisis del Discurso

Perspectivas argentinas

Oscar Iván Londoño Zapata
Giohanny Olave Arias
(Coordinadores)

Elvira Narvaja de Arnoux
Lelia Mabel Gándara
Alicia Eugenia Carrizo
Sara Isabel Pérez
Salvio Martín Menéndez
Elsa Ghio
María Delia Fernández
Fabián Mónaco
Mariana Carolina Marchese
Mariana Pascual
Diana Bravo
Juan Eduardo Bonnin
María Valentina Noblía
Luis Sebastián Sayago

Londoño Zapata, Oscar Iván, *et al.*

Métodos de Análisis del Discurso / Varios. -- Bogotá: Ediciones de la U, 1a.ed. 2019
p. ; 296 cm.
ISBN 978-958-792-053-6
e-ISBN 978-958-792-034-5
1. El discurso 2. Lingüística 3. Semiótica 4. Análisis del Discurso I. Tít.
cd 24 ed.

Primera edición: Bogotá, Colombia, agosto de 2019
ISBN 978-958-792-053-6

- © Giohanny Olave Arias, Oscar Iván Londoño Zapata, Elvira Narvaja de Arnoux, Lelia Mabel Gándara, Alicia Eugenia Carrizo, Sara Isabel Pérez, Salvio Martín Menéndez, Elsa Ghio, María Delia Fernández, Fabián Mónaco, Mariana Carolina Marchese, Mariana Pascual, Diana Bravo, Juan Eduardo Bonnin, María Valentina Noblía, Luis Sebastián Sayago.

Coordinación editorial: Adriana Gutiérrez M.
Carátula: Ediciones de la U
Impresión: DGP Editores SAS
Calle 63 #70D-34, Pbx. (57+1) 7217756

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro y otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

El Análisis del Discurso como campo académico y práctica interpretativa¹

ELVIRA NARVAJA DE ARNOUX

Consideramos el Análisis del Discurso, en primer lugar, como un campo académico integrado por todas las disciplinas que abordan la discursividad; luego, como una actividad profesional que puede asesorar en campos sociales diversos para, por ejemplo, hacer diagnósticos o regular las producciones discursivas y, finalmente, como una práctica interpretativa interdisciplinar y crítica, que tiende, en parte, a develar lo que no es transparente o visible para el sujeto (en la línea de Michel Pêcheux y Norman Fairclough), lo que puede no proponerse decir pero “dice” por las opciones que hace, en las cuales las condiciones de producción del discurso y los ámbitos de circulación previstos son decisivos.

El pensar el Análisis del Discurso como práctica interpretativa interdisciplinar y crítica surge de los momentos iniciales de construcción como campo. Esta perspectiva se sostenía en el desarrollo de las ciencias del lenguaje que tomaban el discurso como espacio de reflexión y se abría, al mismo tiempo, a las posibilidades de trabajo profesional. Estas últimas, que inicialmente se asociaron con el análisis de materiales procedentes del ámbito educativo o de materiales clínicos o que atendieron a las problemáticas de los creativos publicitarios o a los requerimientos del sistema jurídico, encuentran en la actualidad un campo importante de ejercicio de un saber experto en las múltiples formas de regulación de la producción discursiva. Esto se debe a lo que Fairclough (1992) llama la “tecnologización del discurso”, es decir, el diseño y rediseño de las prácticas discursivas y el entrenamiento en nuevos usos lingüísticos (en entrevistas, espacios de formación, respuestas a clientes, asesoramiento a políticos, publicidad).

Las disciplinas a las que nos hemos referido parten de opciones teóricas y metodológicas específicas y, en muchos casos, responden a requerimientos

¹ Este capítulo está compuesto a partir de una selección y organización de segmentos extraídos del seminario Análisis Crítico del Discurso, dictado en la maestría en Lingüística de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), en mayo de 2013. La selección y transcripción fue realizada por Johan Duarte, estudiante de la maestría en Análisis del Discurso de la Universidad de Buenos Aires, y ha sido actualizada por la propia autora para su publicación en este libro.

sociales de los países en los que se producen las investigaciones o a intereses propios de los grupos que las sostienen. A ellas recurren los trabajos analíticos según las problemáticas a las que atienden.

En cuanto al Análisis del Discurso como práctica interpretativa, compartimos la perspectiva de Meyer (2001), para quien la metodología debe ser abductiva y pragmática, ya que las categorías de análisis se desarrollan, en primer lugar, de acuerdo con las cuestiones sometidas a investigación y lo que se sugiere es un constante movimiento de ida y vuelta entre la teoría o las teorías que se convocan y los datos empíricos. El analista se centra en determinados aspectos de los materiales que aborda, no establecidos por un único marco teórico, aunque pueda preferir alguno. Así, los variados enfoques acerca de la discursividad son interrogados a partir de las hipótesis que se van formulando en un recorrido que tiene en cuenta el problema del que se parte, las condiciones de producción y de circulación de los discursos, los saberes propios del campo (político, psicoanalítico, religioso, literario, jurídico...) al que estos pertenecen, las marcas que se consideran recurrentes y que pueden constituirse en indicios que permitan establecer una regularidad o un origen o causa.

En este capítulo, nos referiremos, primeramente, a la conformación del campo académico; luego, nos centraremos en el carácter interdisciplinario y crítico del análisis y, finalmente, consideraremos la práctica interpretativa ilustrando con el trabajo sobre algunos materiales.

La conformación del Análisis del Discurso como campo académico

El Análisis del Discurso se desarrolla, en términos generales, después de la Segunda Guerra Mundial; fundamentalmente, a partir de la década del 60 del siglo pasado en la que diversas circunstancias como la persistencia de la Guerra Fría, los procesos de descolonización, los movimientos de liberación nacional inciden en el medio académico en el que se vive intensamente el Mayo del 68. En ese momento, emerge una discusión en los ámbitos universitarios acerca de los límites entre las disciplinas; es un momento en el que se va mostrando la necesidad de vincularlas estrechamente. En esos años, este movimiento también afectó a la Argentina; lo que llevó a que la problemática académica de los vínculos entre disciplinas se combinara con gestos políticos militantes, en los que dominaba una perspectiva tercermundista, como en muchos países latinoamericanos. En relación con Francia, Bonnaïfous y Temmar (2007: 1) señalan que el campo del Análisis del Discurso se constituye en esa época gracias a "investigadores provenientes de varias disciplinas (lingüística, sociología, historia, filosofía...) que tenían un común interés por los fenómenos lingüísticos en sus contextos sociohistóricos". En esto se asienta la vocación transdisciplinar del campo, es decir, la de servir como un

instrumental analítico más allá de las disciplinas y a través de las disciplinas y la de construir un espacio de reflexión amplio sobre la discursividad en el que dialoguen abordajes provenientes de diversos espacios intelectuales.

Un referente ineludible ha sido Michel Foucault, que desde su trayectoria histórico-filosófica ha construido categorías conceptuales centrales y de amplia vigencia como, entre las de la primera etapa, la de la *Arqueología del saber* (1969), obra de síntesis de sus investigaciones previas: enunciado, discurso, formaciones discursivas. Esta última implica regularidades (entre objetos, modalidades de enunciación, conceptos y elecciones temáticas) o, desde la instancia emisora, constituyen reglas de producción de los enunciados que anclan en determinadas temporalidades y exceden el ámbito reducido de un texto². Es una categoría productiva a la que muchos trabajos sobre análisis de discursos políticos continúan apelando (Arnoux, 2006).

En los años 60, también tenemos el desarrollo del psicoanálisis con la impronta de Jacques Lacan (1966) y, por otro lado, el peso intelectual del marxismo. A ambos espacios de reflexión se recurrió en los intentos de construir una teoría del sujeto y de la historia, necesaria para abordar materiales discursivos desde una perspectiva crítica de lo social. En relación con el marxismo, los partidos europeos hacían en esa época aportes significativos. La figura de Antonio Gramsci (1959), por ejemplo, en el partido comunista italiano, está asociada con la noción de *hegemonía*, que influyó en el desarrollo del Análisis del Discurso, sobre todo político. Otra figura interesante es la de Louis Althusser (1970), en el ámbito francés, quien, desde su preocupación por los aparatos ideológicos del Estado, va a proponer la categoría de *formaciones ideológicas* que, como es propio de su época, va a asociar con posiciones de clase. Una perspectiva que ha tenido una fuerte impronta es la de Michel Pêcheux (1969, 1975). Este autor va a retomar la idea de Foucault de *formaciones discursivas* para indagar, apoyándose en el planteo althusseriano, en cómo las *formaciones ideológicas* vinculadas a posiciones de clase tienen una o varias formaciones discursivas que van a determinar lo que un sujeto puede decir o lo que es posible que sea dicho desde un determinado lugar social. La influencia del psicoanálisis se evidencia en el reconocimiento de que el sujeto no es dueño de sus palabras: lo que el sujeto dice y puede decir, los objetos que construye, las relaciones con otros objetos, los géneros en los que produce sus enunciados están marcados por la formación discursiva de pertenencia.

El Análisis del Discurso surge de ese vínculo interdisciplinario marcado por el deseo de articular psicoanálisis y marxismo en el análisis, en particular, de

² Una figura que en la actualidad trabaja con masas de textos e interesada por las mentalidades y las transformaciones de época es Marc Angenot (1989, 2010). Así como Foucault, Angenot se preocupa, aunque privilegie los cortes sincrónicos, por encontrar determinadas regularidades, establecer qué es lo decible en determinada época y campo.

los discursos políticos. No es casual que los primeros trabajos del Análisis del Discurso como práctica interpretativa estén referidos a problemas concretos que enfrentaba el comunismo europeo y con un claro interés histórico por las discursividades propias de las revoluciones democráticas.

Si bien, como vemos, otras disciplinas han intervenido significativamente en la conformación del Análisis del Discurso, es en el campo de la Lingüística en el que los esfuerzos son más netos, ya que parten de una amplia interrogación sobre los límites de la perspectiva saussureana y lo no realizado de su programa (Saussure, 1916), en un momento de importante repercusión del estructuralismo (Angermüller, 2013).

Las discusiones en relación con la lingüística saussureana se centraban, por un lado, en la limitación del estudio del significado a aquellas unidades léxicas que se hacían ingresar en sistemas similares al sistema fonológico, gesto impulsado por el prestigio de este campo. Como en Francia había una importante tradición lexicográfica, sensible a la incidencia de los entornos lingüísticos y, al mismo tiempo, un desarrollo amplio de la historia, se deja de lado la construcción de estos sistemas léxicos a partir de rasgos distintivos (a la manera de los sistemas fonológicos) y se comienza a interrogar el tema del significado de las unidades léxicas en relación con los espacios ideológicos en los cuales los enunciados que las registraban eran producidos. Diversos trabajos enfocan, entre otros, los discursos de los jacobinos en la Revolución Francesa. Se busca articular léxico y sintaxis estudiando, por ejemplo, los significados ideológicamente diferentes del lexema *pueblo*, con qué predicados se los asocia, qué atributos se les asigna, en qué tipo de construcciones se insertan, cuáles son las funciones sintácticas en las que aparecen. Se comienzan, asimismo, a hacer análisis contrastivos en los que las unidades léxicas se integran a sintagmas de base que se realizan "en superficie" de diferentes maneras. Por ejemplo, en los debates en torno a la descolonización se analizaba, según los posicionamientos en la prensa, qué dominaba: por ejemplo, *Argelia es Francia* o *Argelia depende de Francia* (Maldidier, 1971). El reconocimiento de enunciados de base que se realizan en "familias parafrásticas", definidas por las opciones que el hablante hace según la situación y el entorno lingüístico, ha acompañado la reflexión teórica de Antoine Culioli (1968, 1990), un pensador original que, si bien ha tenido una posición algo periférica en el desarrollo del campo, fue un marco estimulante cuando se reconocieron las limitaciones del distribucionalismo harrisiano de amplio peso en la primera etapa (Mazière, 2005).

Muy tempranamente se valoró el apoyo informático para verificar por la medición estadística del vocabulario (frecuencias, por ejemplo) hipótesis históricas, sociológicas, sociopolíticas. Esto permitía atender a masas amplias de datos recolectados a partir de criterios de representatividad, volumen y también de homogeneidad situacional, enunciativa, temática (Fialà, 2007). Esto dio lugar a un amplio desarrollo de la lexicometría, que hizo trabajos de envergadura, como

el estudio de los panfletos de mayo del 68. En todos los casos, se articulaba el análisis cuantitativo con el cualitativo y esta perspectiva metodológica sigue siendo ampliamente utilizada (Pardo Abril, 2007).

Asimismo, se reconoce que los efectos de sentido y los significados podían ser estudiados en función de otras unidades que no fueran solamente las unidades léxicas. Podemos tener unidades morfológicas, fonológicas o estructuras sintácticas que generan determinados efectos de sentido (sufijos, por ejemplo, *funcionariato* frente a *funcionariado*), es decir, que el estudio del significado no tenía por qué restringirse a la unidad léxica, lo que ampliaba considerablemente el universo de marcas a analizar. Una figura que se recupera es la de Charles Bally, discípulo de Saussure, interesado tempranamente en el aspecto de la subjetividad en el lenguaje. Bally (1909) proponía delimitar, por un lado, aquellas unidades asociadas con valores afectivos o emotivos, unidades que se exponen en los enunciados a la vez que generan un efecto en el oyente/lector; por otro lado, planteaba el interés del estudio de unidades que fueran capaces de evocar determinados medios sociales (el ámbito adolescente o el militar, por ejemplo) gracias a jergas específicas. Bally (1932), además, sostenía que todo enunciado tiene dos dimensiones: lo que sería el contenido proposicional –*dictum*– y la modalización que todo sujeto le da –*modus*–. Entonces, a su criterio, todo enunciado, incluso el que parece más “objetivo”, tiene esos dos elementos.

La preocupación por la subjetividad orienta la exploración del *habla*, desestimada por muchos de los trabajos inscriptos en la lingüística saussureana. Un autor fundamental de lo que se va a llamar la Teoría de la Enunciación es Émile Benveniste (1966, 1974), quien se interesa por los modos de inscripción del sujeto en el enunciado. La enunciación como la puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de utilización puede estudiarse, según este autor, bajo tres aspectos: la realización vocal de la lengua; la conversión individual de la lengua en discurso (la semantización de la lengua: cómo el sentido se despliega en palabras) y las formas específicas que permiten que el locutor enuncie su posición e instaure al otro (como deícticos o modalidades, que integran el “aparato formal de la enunciación”). Benveniste va a diferenciar también dos modos de significado, semiótico y semántico: el semiótico tiene que ver con ese juego, en el sistema de la lengua, de oposiciones que permiten reconocer valores, mientras que el semántico se ubicaría en el nivel del discurso. En el estudio semántico de los enunciados, un aporte temprano y significativo es el de Oswald Ducrot (1994), que no solo afina la diferencia entre locutor y enunciador, sino que también indaga en cómo determinadas construcciones sintácticas permiten incluir otras voces o construyen otros enunciadores posibles. El reconocimiento de los fenómenos de polifonía y presuposición y, luego, de la argumentación en la lengua, sostenida por unidades como, entre otras, el *pero* o la negación, han constituido un estímulo notable para el análisis de la discursividad.

La Teoría de la Enunciación ha tenido un amplio desarrollo. Al iniciarse la década de los 80, Catherine Kerbrat-Orecchioni (1980) va a hacer una sistematización muy inteligente de la "subjetividad en el lenguaje", retomando aportes de diferentes campos como la Pragmática y la Estilística. Algunas de sus reflexiones en torno a lo afectivo y lo axiológico son próximas a desarrollos posteriores como la Teoría de la Valoración (Martin & White, 2005), dentro del campo de la Lingüística Sistémico-Funcional, que estudia los recursos lingüísticos por los cuales se expresan, negocian o naturalizan determinadas posiciones intersubjetivas. En ese marco, el de la función interpersonal (que corresponde a la de la constitución de las identidades y de las relaciones entre los participantes), se analizan, por ejemplo, la actitud, el compromiso o la gradación. Debemos destacar la importancia en el desarrollo del Análisis del Discurso de la figura de Michael Halliday (1973), quien plantea que la gramática de una lengua está constituida por un sistema de opciones que los hablantes eligen según las circunstancias sociales. Para él, las opciones formales tienen significados contrastantes y toda elección de formas es siempre significativa.

La lingüística saussureana se inscribía, a su manera, en la tradición gramatical, de allí que no avanzara más allá de los límites de la oración. El cuestionamiento, en este caso, tendió a considerar el estudio de las unidades lingüísticas superiores a aquella y de los vínculos o agrupamientos que aseguran su cohesión. Esto dio lugar a la conformación de una Gramática o Lingüística Textual, que va a tener un desarrollo importante en la década de los 70, particularmente en Alemania y Francia. En un trabajo de síntesis, Adam (2011) se refiere al programa realizado en torno a cinco grandes tipos de relaciones: ligazones del significado (anáforas, correferencias, isotopías); ligazones del significante (aliteraciones, paralelismos gramaticales); implicaciones (elipsis, presupuestos, sobrentendidos); conexiones (conectores, organizadores temporales y espaciales, marcadores enunciativos); secuencias de actos de discurso (narrativas, argumentativas, dialogales, instruccionales, expositivas...).

El interés por los fenómenos vinculados con el despliegue textual va a llevar también, a partir de los 80, a focalizar cómo se construyen los objetos de discurso, resultado de lo que se considera el proceso de referenciación, que parte de la diferencia entre sentido y referencia. Se señala que el discurso construye aquello a lo que remite al mismo tiempo que es tributario de esa construcción, es decir, todo discurso construye una representación que opera como una memoria compartida (memoria discursiva) "públicamente" alimentada por el propio discurso (Mondada & Dubois, 1995). La Semiología del Razonamiento (Grize, 1984, 1996) subraya la importancia de los preconstruidos culturales (sistemas de saberes tanto cognitivos como afectivos, parcial y localmente organizados), propios del dominio al cual convoca el objeto, que dan lugar a cadenas de expectativas que pueden afianzarse o modificarse. De allí que se interese por las operaciones de construcción de los objetos: filtraje, resalte, anclaje, tematización, enriquecimiento, especificación, reformulación...

En relación con los grandes modos de organización textual, particularmente relatos y argumentaciones, se van a retomar tradiciones previas: la Teoría literaria y la Retórica. La primera en la tradición del formalismo ruso, en el que una figura polémica es Mijail Bajtín (1981), quien había construido una poética histórica sobre la novela y mostrado cómo cada texto está asociado a determinadas resonancias que ponen en juego distintas voces y temporalidades. Lo que podemos designar globalmente como Narratología va a recuperar ciertos elementos del formalismo ruso y va a tener expresiones como las obras de Gerard Genette, en especial *Figuras III* (1972). La semiótica discursiva greimasiana (Greimas, 1976), por su parte, va a dar un paso más y plantear que todo el discurso puede ser visto como un relato, ya que tiene una conformación narrativa. El autor parte de la morfología del cuento, de Vladimir Propp (1965), y ve los discursos más diversos como susceptibles de ser analizados en función de actantes propios del relato.

Respecto de la tradición retórica, esta ya había sido retomada en la década de los 50, como Teoría de la Argumentación, en un momento en que frente al horror de la guerra aparece la ilusión de un lenguaje razonado, honesto, no falaz o, por lo menos, reconociendo las falacias, a través del cual se pueda convencer al otro en interacciones no violentas. En esta empresa, serán claves las figuras de Charles Perelman y Lucy Olbrechts-Tyteca (1958) con la *Teoría de la argumentación* y Stephen Toulmin (1958) con *Los usos de la argumentación*. Estas fueron dos formas de interrogar la cuestión retórica desde la perspectiva de la argumentación, pero con una función política, pues está presente la idea de que tenemos que enseñar una forma de argumentar que permita resolver los problemas sin recurrir a las masacres. El Análisis del Discurso en su desarrollo, a partir fundamentalmente de la década de los 90, va a recuperar estos aspectos y posteriormente otros del paquete retórico, como, por ejemplo, todo lo que tiene que ver con el *ethos*, la construcción de sí, o con el *pathos*, que son las pasiones que se desencadenan en el otro, y la argumentación por lo particular, ejemplos, analogía y casos. En el estudio de estos últimos se vuelve a interrogar el psicoanálisis (Arnoux, 2012).

Si bien la lingüística saussureana partía de la importancia de la oralidad, no atendió a las interacciones verbales orales. Este estudio se desarrolló notablemente en el ámbito anglosajón gracias al desarrollo de la Pragmática y de la Antropología lingüística. Esta última disciplina había empezado a interesarse por todas las producciones orales ya que trabajaba justamente con culturas que no habían desarrollado sistemas amplios de escritura. En ese espacio intelectual, surge primero la Etnografía del habla y, luego, el Análisis conversacional y la Etnometodología. Se reconocieron, así, en las interacciones los rasgos que remiten al contexto o los índices de contextualización, se relevaron los saberes implícitos que gobiernan las interacciones cotidianas y se describieron los modos como los participantes llegan a constituir un marco compartido de la situación (en lo que interviene la historia conversacional), se turnan en la interacción discursiva

y negocian las situaciones de conflicto. Esto llevó al abordaje de los discursos áulicos, los entablados entre médicos y pacientes, instancias gubernamentales e inmigrados, las interacciones en el ámbito empresarial o laboral. Son todas interacciones que relevan también el problema del poder en sus respectivos ámbitos.

En los años 60, también aparece el deseo de llevar adelante el programa saussureano en tanto proyecto semiológico, sobre todo, articular lo verbal con otros sistemas. Recordemos que, para Saussure, la lengua era un sistema de signos y su estudio debía insertarse dentro de una disciplina amplia que era la Semiología. Y para Foucault, en la *Arqueología del saber* (1969), el “enunciado” no es de naturaleza lingüística, sino semiológica.

Por un lado, se retoma y expande el proyecto saussureano (al campo de la literatura, la antropología, la religión, el estudio de las imágenes –fotografía, cine, publicidad–...). Se intentan proyectar las categorías lingüísticas, por ejemplo, sintagma, paradigma, connotación, denotación, hacia otros lenguajes e interrogarlas en función de estos. En este recorrido, se destaca el argentino Luis Prieto (1975), preocupado por los aspectos teóricos de la Semiología. Por otro lado, se abordan producciones semióticamente heterogéneas. En esto inciden las transformaciones en la comunicación de masas. De allí que se privilegie la relación entre lo verbal y lo icónico. Una figura fundamental es la de Roland Barthes, quien se dedica lúcidamente al análisis de los que ahora se llaman textos multimodales. Barthes constituye un modelo de análisis semiológico, esbozado en 1957, reconociendo y observando indicios que permiten conjeturar sobre aquello no observable. Ya había trabajado el sistema de la moda (Barthes, 1967, tema que también había sido indagado por Algirdas Greimas, 1948), empieza a trabajar la publicidad y hace aportes significativos a la fotografía (1980). En esta línea, una figura posterior muy interesante es la de Jean Jacques Courtine (1991, 2011), quien inicia lo que llama una Semiología histórica: una semiología que opera con amplias masas documentales y que tiene en cuenta el contexto y las transformaciones que se van produciendo. Estudia, por ejemplo, la representación del rostro y cómo ella tiene que ver con distintos momentos históricos; siguiendo el proyecto foucaultiano, quiere lograr una arqueología de la imagen. Para este autor, analizar imágenes consiste, más allá de lo descriptivo, en interpretar los indicios que remiten a una semiología de trazos que las atraviesan y las constituyen; una genealogía, una historización de la imagen que, en vez de ver la imagen en su clausura, la conciba inscrita o remitiendo a otras imágenes. Por eso, el concepto de *intericonicidad* (Courtine, 2011), que atenderá a la relación entre imágenes que producen sentidos, unas exteriores al sujeto, que integran series, y otras interiores, que anclan en una memoria compartida, en un imaginario común. En paralelo, vamos a tener en este campo también lo que se llama ahora Análisis Crítico del Discurso Multimodal (Kress y Van Leeuwen), en donde se vuelve a la base lingüística. Si para Barthes la base lingüística era la de Saussure, para el Análisis Crítico Multimodal la base

será la Lingüística Sistémico-Funcional; ambos se sustentan sobre la idea de que las categorías de la lingüística permiten explorar materiales no exclusivamente verbales. Esto es lo que va a dar lugar a los trabajos sobre multimodalidad desde la perspectiva de esa lingüística: la búsqueda de una gramática de lo visual a partir de una gramática de lo verbal.

En suma, en la década de los 60 y comienzos de los 70, fue fundamental el diálogo de la lingüística con otras disciplinas. Por otro lado, se recuperaron saberes y disciplinas anteriores atentas a la discursividad: la Retórica, la Teoría literaria, la Estilística y la Filología³. El Análisis del Discurso se configura a partir de la ampliación de la reflexión lingüística, del interés por el significado en torno de unidades léxicas y la articulación semántica-sintaxis. Considera, además, los modos de inscripción del sujeto en el enunciado, las unidades lingüísticas superiores a la oración y los vínculos que aseguran su cohesión. El interés por los grandes modos de despliegue de los enunciados va a dar lugar a la Narratología, a la Teoría de la Argumentación, a la atención en las interacciones verbales orales. En todos los casos, y enfocado de distintas maneras, es fundamental la relación entre los datos contextuales y las opciones lingüísticas. El Análisis del Discurso es un campo académico en expansión que, en la actualidad, ha dado lugar a una serie de disciplinas que, en muchos casos, muestran perspectivas originales o abordan objetos nuevos y, en otros, simplemente identifican grupos de investigación. El recorrido, parcial, por la etapa fundacional y algunos de sus derroteros nos permite apreciar su dinamismo y algunos de los ejes centrales de la reflexión.

Es interesante señalar también que ese momento inicial no ha dejado de tener repercusiones sobre expresiones posteriores como el Análisis Crítico del Discurso. El ACD surge a finales de los 80, reivindicando determinadas genealogías y vínculos con el marxismo occidental. Fairclough (1988, 1992) se apoya en un marxismo atento a los fenómenos culturales y a los problemas de hegemonía, en otras palabras, un marxismo gramsciano, y no es ajeno a la mirada althusseriana de la ideología. En esa década se consolida una perspectiva que muchos de los que la adoptan, por ejemplo, Wodak (2003), llaman un enfoque histórico, que retoma la importancia de esta disciplina en la constitución del campo e insisten en la articulación de los materiales semióticos con el contexto. Desde un enfoque próximo, Fairclough (2003), por ejemplo, señala que el discurso es modelado por relaciones de poder e ideologías, pero destaca, al mismo tiempo, los efectos constitutivos que el discurso ejerce sobre las identidades sociales, las relaciones sociales y los sistemas de conocimiento y creencia. Es decir, que

³ En La Plata (Argentina) hay un desarrollo importante de la Genética textual, que justamente surge como una revitalización de la clásica Filología (Lois, 2001); la idea de que hay que estudiar el proceso de escritura de los escritores expertos a través de los distintos borradores que han dado lugar a esa obra que se edita finalmente. La genética textual es otra disciplina que estudia la discursividad y que parte de la Filología, la cual ha estado siempre atenta a las distintas versiones de la obra.

hay que concebirlos como términos de una relación dialéctica: los elementos del contexto en un sentido amplio inciden sobre la discursividad, pero también los discursos están incidiendo, modelando, transformando o reproduciendo las relaciones sociales. Asimismo, tanto Pêcheux como Fairclough, a pesar de las dos décadas de diferencia entre sus trabajos, insisten en la tarea de analizar aquello que no es normalmente visible para los participantes del discurso.

En torno a lo interdisciplinario

El analista del discurso trabaja a partir de determinados problemas que se puede plantear él mismo como investigador o que le pueden plantear, como señalamos al comienzo, otros profesionales. Como analistas del discurso actuamos, por ejemplo, en el ámbito jurídico haciendo peritajes para los jueces o con materiales clínicos del campo psicoanalítico o médico o asesorando en instituciones pedagógicas o en hospitales. Lo fundamental es que abordamos materiales variados, surgidos en diferentes prácticas sociales.

Esto es importante porque de ello deriva lo interdisciplinario como rasgo central del Análisis del Discurso: siempre debemos apelar a los saberes propios del campo en el cual los discursos han sido producidos y articularlos con los provenientes de las ciencias del lenguaje. En relación con ello, Maingueneau (2015) señala que el Análisis del Discurso es una zona de contacto entre la lingüística y las ciencias humanas y sociales. La entrada analítica a los materiales depende del problema que se enfrenta y esto llevará al estudioso a convocar saberes procedentes de diferentes disciplinas que lo ayudarán en la formulación de hipótesis que puedan aportar no solo al conocimiento de las ciencias que estudian la discursividad, sino también a los ámbitos de los cuales proceden los discursos abordados.

Pierre Zima (2005) defiende una concepción dialógica de la interdisciplinariedad. Para él, el diálogo teórico sirve para quebrar los dogmas protegidos y consolidados por la solidaridad ideológica de los agrupamientos científicos. Afirma que solo una puesta a prueba intercolectiva o interdiscursiva vuelve interesante la discusión de una hipótesis. Es en relación con el discurso del Otro (con la alteridad) que las hipótesis deben ser corroboradas o refutadas. Así, cuando trabajamos con materiales procedentes del campo del Psicoanálisis, son fundamentales los intercambios con los profesionales del área (Arnoux, 2010). Maingueneau (1999) habla de coproducción de conocimientos, es decir, que lo interdisciplinario no implica solo conjunción de disciplinas distintas, sino que supone un proceso que pasa por una interrogación acerca de las certezas disciplinares de unos y otros, por una coconstrucción de las problemáticas.

Desde la perspectiva del Análisis Crítico del Discurso, que se interesa, como dijimos, por la relación dialéctica entre el discurso y lo social, Fairclough (2005a, 2005b) señala que es necesario explorar sistemáticamente las relaciones, a

menudo opacas, de causalidad y determinación entre prácticas discursivas, eventos y textos, por un lado, y estructuras, procesos y relaciones sociales, por otro. Es evidente la importancia de considerar en este trayecto los saberes producidos en las ciencias sociales. El autor propone un encuadre tridimensional del análisis en el que cada evento es un texto, una instancia de una práctica discursiva (que implica la producción e interpretación del texto) y es parte de una práctica social. De allí que considere que hay que interrogar en qué práctica social se inscribe, cuál es la práctica discursiva y cuáles son los rasgos representativos del texto. Pero también hay que considerar que la semiosis interviene en las prácticas sociales. Lo hace, según este autor, de estas tres maneras: constituyendo géneros (articuladores entre lo semiótico, la institución y la práctica), conformando discursos que intervienen en las representaciones (ya que son modos de significar la experiencia desde una perspectiva particular porque todo discurso representa algo) y elaborando estilos (que permiten la construcción de identidades sociales).

Desde la Sociosemiótica y atento a las investigaciones con amplios corpus, Angenot (2010) insiste en que toda investigación sobre el discurso social es interdisciplinaria. Discute la posición de los que tratan de interrogar un objeto de saber preconstruido, aplicando sucesivamente los paradigmas de disciplinas complementarias. Propone que, desde la problemática a la que se busca responder, se integren las perspectivas y los métodos de diferentes disciplinas, cuyo listado es abierto y dependiente del objetivo del trabajo: análisis de contenido y Análisis del Discurso, semiótica y retórica literarias, epistemología y arqueología del saber, crítica de las ideologías y sociología del conocimiento. Como vemos, lo interdisciplinario también se refiere a la articulación de disciplinas que abordan la discursividad.

Una perspectiva crítica

En cuanto a la dimensión crítica del Análisis del Discurso, podemos señalar, en términos generales, que esto implica desmontar los mecanismos generadores de efectos de sentido. De allí que la crítica sea constitutiva del análisis en la medida en que implica tomar distancia frente a los materiales y considerar determinadas marcas del decir, en muchos casos periféricas, como indicios que nos permiten conjeturar una regularidad o un origen. Maingueneau (2014), por su parte, destaca que el Análisis del Discurso tiene una fuerza crítica, entre otros, por su carácter desacralizante, pues no hay zonas discursivas que se excluyan: el estudio del discurso filosófico y literario convive con las conversaciones cotidianas, los grafitis o los textos publicitarios.

En un intento por hacer deslindes necesarios, Wodak (2003) sostiene que el enfoque histórico opera mediante un complejo concepto de crítica social que incluye, por un lado, la crítica inmanente del texto o el discurso. Esto nos puede permitir ver algunos aspectos propios del texto, trabajar sobre las contradicciones,

incoherencias, anomalías, huecos, actos fallidos, discordancias sintácticas del texto; todos estos son distintos fenómenos posiblemente útiles como puerta de entrada a los materiales. Ciertas discordancias, por ejemplo, llaman la atención sobre vacilaciones del enunciador.

El otro nivel guarda relación con la exposición desmitificadora del carácter persuasivo o manipulador de las prácticas discursivas. El analista se interesa por cómo ese discurso del poder está manipulando a los sujetos y los hace aceptar determinadas representaciones como legítimas o naturales. Para hacerlo, debe situar también, como hemos esbozado antes, las estructuras comunicativas o interactivas del acontecimiento discursivo en un marco más amplio de relaciones sociales y políticas, de procesos y de circunstancias.

Esa fuerza crítica lleva, asimismo, a que se aborden tanto la reproducción de las relaciones de poder como la transformación de esas relaciones. Dicha transformación se puede dar en el seno de las estructuras del poder o puede implicar posiciones alternativas. Cuando Fairclough (2000, 2008) trabaja el discurso neoliberal y su pregnancia en las instituciones educativas, está viendo cómo el lenguaje del poder está permeando las otras instancias de la vida social. Sin embargo, aquí también se puede analizar cómo determinados sectores preparan propuestas alternativas que enfrenten ese lenguaje del poder.

Michael Meyer (2001), por su parte, señala que el ACD se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder que con frecuencia se hallan ocultas y por mostrar resultados que tengan alguna relevancia práctica. No estudia cualquier tema, sino aquellos de los cuales el analista pueda derivar algo que sirva en las luchas sociales. Destaca la voluntad de intervenir, a partir de la denuncia del ejercicio arbitrario del poder, del autoritarismo de determinadas posiciones, de situaciones de discriminación, de efectos perversos de las ideologías dominantes. Es decir, que el ACD constituye una práctica con función militante, sensible a las reivindicaciones sociales, que busca apoyar a los sectores y posiciones minorizados o subalternizados. Alguien como Teun A. van Dijk, desde la década de los 90 hasta ahora, ha trabajado fuertemente en temas que tienen que ver con minorías (por ejemplo: van Dijk, 1991, 2003, 2015). Fairclough, desde esa misma perspectiva, insiste en que lo crítico no implica mostrar solamente conexiones o causas que están ocultas, sino también intervenir suministrando recursos para un cambio discursivo destinado a aquellos que puedan encontrarse en desventaja.

El gesto militante puede dar lugar a asesoramientos o apoyos institucionales, como el desarrollo de guías de ejemplos de lenguaje sexista. Wodak (2003) va a hablar en este caso del carácter pronosticador de la crítica, que pretende contribuir a la transformación y a la mejora de la comunicación. Muchos de los analistas trabajan con el sistema educativo dando indicaciones para los autores de manuales

o estableciendo cómo evitar todo tipo de discriminación en las escuelas, a partir del reconocimiento de esas formas de manipulación y discriminación.

Para Charaudeau (2008), quien sin pertenecer al ACD, pero como analista que ha trabajado en el marco de la Teoría de la enunciación, también se puede colaborar a través del Análisis del Discurso a que las relaciones políticas sean mejores, a que el ciudadano pueda descifrar el tipo de manipulación que se ejerce sobre él: "hay que inventar una nueva ética de la responsabilidad compartida entre el poder político y los ciudadanos. No se nace ciudadano; se vuelve ciudadano".

Esto impone la reflexión crítica sobre la propia práctica. En ese sentido, Wodak (1996) considera que aquel que hace ACD tiene que decir desde qué lugar lo hace, es decir, que la ubicación política tiene que surgir claramente del análisis o ser manifestada explícitamente. La autora austriaca menciona la necesidad del carácter autocrítico en el sentido de ver en qué medida diversos aspectos ideológicos inciden en el tipo de análisis que se hace, es decir, qué relación tiene y cómo uno puede llegar a alterar los resultados por la impronta ideológica propia. Retomando a Habermas, dice que una ciencia crítica debe ser autorreflexiva y debe reflexionar sobre los intereses subyacentes a ella misma.

Un método interpretativo

A partir de los problemas que se plantea, de la inmersión en los materiales y del diálogo con los saberes con los que esos materiales han sido producidos, el analista del discurso interroga el campo teórico a partir de entradas que le parecen adecuadas y que le permiten formular hipótesis interesantes. Esto exige reconocer las marcas discursivas y hacer las opciones que le permitan avanzar en su investigación, para lo cual es importante una formación lingüística o una voluntad de adquirirla. Charaudeau (2015: 125), sensible a su tradición de gramático, va a dar un paso más y afirmar que no hay "Análisis del Discurso posible si no se tiene un conocimiento profundo de los sistemas (fonológico, morfológico, sintáctico y semántico) de la lengua".

El análisis puede, por cierto, dar lugar a afinar categorías existentes o construir nuevas que van integrando el conjunto de referencias orientadoras de otros trabajos. Algunos investigadores parten de esto para considerar el Análisis del Discurso una disciplina que, si bien no puede dejar de lado las investigaciones que tienen un objetivo empírico, no se reduce a ello. Así, Maingueneau (1999, 2015) plantea que el interés que gobierna el Análisis del Discurso es el de aprehender el discurso como articulación de un texto y un lugar social (o posicionamiento dentro de un campo), es decir, que su objeto no es ni la organización textual ni la situación de comunicación, sino aquello que los anuda a través de un modo de enunciación. El Análisis del Discurso tendría como objetivo, entonces, indagar en esos modos de

articulación, lo que impone no solo un trabajo empírico, sino también una reflexión teórica, lo que daría lugar a una disciplina particular. Creemos que, por un lado, el vínculo entre análisis y teoría es propio de todo trabajo interpretativo y, por el otro, considerar el Análisis del Discurso una disciplina y no un amplio campo académico integrado por las disciplinas que abordan la discursividad funciona como una restricción temática y operativa para el investigador. Los aportes que los analistas del discurso hacen a la comprensión de los fenómenos discursivos permiten avances significativos en las disciplinas ya consolidadas, más allá de la posibilidad, importante, de agrupar en una obra de síntesis los más productivos, que han mostrado su importancia en trayectos investigativos diversos. Si analizamos un corpus atendiendo a su dimensión emocional, vamos a recurrir a categorías elaboradas en el marco de la Retórica y reapropiadas y complejizadas por los analistas del discurso que las van a interrogar a partir de las interpretaciones que hagan de sus corpus de análisis. Si consideramos significativo el vínculo interpersonal en un corpus, es posible que apelemos a la Teoría de la Enunciación, que atiende a cómo se construye la relación con el otro, o a la Lingüística Sistémico-Funcional, que busca articular las opciones lingüísticas con los datos situacionales. Si nos interesamos por la relación de la imagen y lo verbal, consideraremos lo que la Semiología ha elaborado o recurriremos a los estudios de los fenómenos de multimodalidad. En la opción por un campo teórico interviene el problema al que vamos a atender y también la familiaridad con determinadas perspectivas.

En el trabajo analítico, es importante atender a una diferenciación en cuya comprensión la lingüística saussureana puede ayudar: la que se da entre materiales y corpus. Esta es semejante a la que el *Curso* establecía entre el objeto empírico, multifacético y diverso del lenguaje y el objeto de conocimiento que se recorta desde un determinado punto de vista, la lengua. El analista del discurso cuenta también con materiales heterogéneos y múltiples y, a partir de una determinada perspectiva, hace un recorte y establece un corpus. Ese corpus, recorte de los materiales a partir de unas primeras hipótesis, que va a privilegiar determinadas marcas como indicios significativos que definirán la interpretación, es algo que va a ir variando a lo largo del mismo trabajo analítico.

Como dijimos, el estudio de los aportes de las ciencias del lenguaje va a permitir desarrollar la capacidad de reconocer marcas. Como posibles orientadores para este reconocimiento, algunos analistas del discurso han propuesto listas o se han detenido sobre aquellos aspectos que, a su criterio, pueden resultar interesantes y que corresponden a diferentes niveles lingüísticos. Caldas-Coulthard (2008), por ejemplo, se refiere al vocabulario (palabras ideológicamente marcadas, metáforas...), a aspectos gramaticales (procesos y participantes, nominalizaciones, modalidades, modos de subordinación...) y a estructuras textuales (distribución de la información, géneros, secuencias...). Van Dijk (1998), por su parte, señala

aspectos a analizar si la investigación se centra en los modos de ejercicio del poder. Entre otros: énfasis, orden de las palabras, rectificaciones, actos de habla, implicaciones, figuras retóricas, estructuras sintácticas, estilo, objeciones, titubeos... La selección de un aspecto u otro dependerá, insistimos, del problema y de las hipótesis que se formulan en un ir y venir de los conocimientos lingüísticos y de los saberes del campo de donde provienen los materiales que se van a analizar. De allí que no haya recetas acerca del mejor recorrido investigativo. Además, es conveniente reconocer la diferencia entre marca e indicio: si enfocamos la superficie discursiva, todo es marca; cada punto implica determinado tipo de opciones, pero cuál de esas marcas va a ser para nosotros un indicio que nos va a permitir hacer determinada inferencia que posteriormente nos permita formular determinada hipótesis, no es posible saberlo *a priori*. Este es un juego complejo en el que intervienen también ciertos procedimientos exploratorios que se han empleado sobre materiales semejantes.

Si pensamos en que muchos de los fenómenos escapan a “la acción estratégica de un sujeto” (Pêcheux, 1984), la perspectiva metodológica que instaura el paradigma indicial es productiva. Ginzburg (1986) considera que es un método interpretativo que, por un lado, se basa en considerar los detalles marginales e irrelevantes como indicios reveladores y que, por el otro, privilegia los signos que se producen de manera involuntaria. Como los autores de los que parte son médicos –entre otros, Freud y Conan Doyle–, no es casual que sus procedimientos sean próximos a la semiología en el sentido que le asigna la medicina, como reconocimiento y observación de indicios que nos permiten conjeturar sobre aquello no observable. El procedimiento es abductivo, como indicamos al comienzo en relación con Meyer. Siguiendo la perspectiva de Eco (1990, 1996), quien retoma a Peirce, señalamos que la abducción es un proceso inferencial que parte de uno o varios hechos particulares sorprendentes y desemboca en la hipótesis de una ley general o parte de uno o varios hechos particulares sorprendentes y desemboca en la hipótesis de otro hecho particular que se supone es la causa de los primeros. Elabora, así, un saber que, por cierto, no podrá escapar totalmente a su carácter conjetural.

Síntesis de un recorrido analítico: el caso del discurso de Hugo Chávez⁴

En el caso de Chávez, inicié ese trabajo, en primer lugar, porque estaba haciendo una investigación dentro del marco de la cátedra UNESCO de Lectura y Escritura sobre la presencia de la cultura escrita en los políticos de ese momento. Cuando abordé por primera vez los discursos de Chávez, encontré que esa presencia era muy marcada; había referencias permanentes a la cultura escrita, pero también

⁴ Los principales textos de este recorrido son: Arnoux (2008, 2011, 2015, 2018a y 2018b).

leía textos en sus discursos, los libros estaban presentes en los actos públicos, recomendaba lecturas, proponía ediciones de obras variadas, recitaba poesías o resumía novelas que había leído. Por ejemplo, en varios momentos aparece resumiendo *Los miserables*, de Víctor Hugo, cuenta el diálogo del revolucionario con el obispo frente a públicos amplios y heterogéneos. Cuando en una ocasión se le preguntó cómo hacía sus discursos, dijo que los hacía primero leyendo, algo así como: "leo primero, tomo algunas ideas de acá o de allá y después produzco los discursos a partir de las lecturas previas que he hecho".

Esto era realmente anómalo en la medida en que la cultura escrita no aparece valorada en el discurso de los políticos; no es usual esa asidua referencia a lecturas o a comentarios sobre libros. Esta apreciación positiva de la cultura escrita en la discursividad política corresponde a una etapa que, en líneas generales, cubre desde el último tercio del siglo XVIII, el siglo XIX y algunas décadas del XX; la textualidad escrita, que se expande gracias a los medios gráficos, aparece como símbolo de la modernidad. Esto se debe al avance de las revoluciones democráticas, que necesitaban ampliar el número de lectores porque había que poner en marcha los nuevos Estados nacionales y no se podía recurrir al antiguo sistema, sino que había que ampliar la base de participación y formar nuevos sectores dirigentes. Por otro lado, existía un claro avance de la sociedad industrial, lo que implicaba la necesidad progresiva de sujetos alfabetizados. La escritura era, asimismo, instrumento de la difusión de la cultura y de construcción de un imaginario nacional, que se sostenía en parte por las lecturas compartidas, entre otras, las escolares a medida que se amplía el sistema educativo. Podemos, así, relacionar, en líneas generales, la importancia de la cultura escrita (sostenida en los libros y en la prensa) con el proceso de formación de los Estados nacionales; ya en la actualidad, hay otra expansión de la cultura escrita ligada a las nuevas tecnologías.

¿Por qué aparecía en Chávez? Porque deseaba recuperar otro imaginario nacional, en este caso, el de la Patria Grande, que permitiera construir en América del Sur una integración política y no meramente económica. Para lograr en el espacio continental un desarrollo industrial autónomo y una soberanía sobre los recursos naturales, era necesaria, además de gestos económicos o de política externa, la difusión de la cultura escrita en amplias masas y el desarrollo de una conciencia nacional más amplia. Esto lo instalaba en los valores de la Modernidad y lo aproximaba simbólicamente al proceso de las guerras de la independencia y de los que articulaban la necesidad de la liberación política con una democracia radical. De allí, por un lado, la activación de la matriz discursiva latinoamericana, en la que uno de sus componentes era la amenaza externa, fundamentalmente norteamericana. A este se agregaban el componente programático, que se asentaba en una declaración de principios democráticos y republicanos, el reconocimiento de la unidad "natural" entre nuestros países, la historia de las tentativas anteriores, el contraste con la situación europea y un componente

utópico que exponía el cuadro de un futuro venturoso, una vez lograda la unidad. Por otro lado, estudié la construcción de lo que llamé el “cronotopo bolivariano”, apelando a Bajtín, el tiempo-espacio que se abre hace 200 años con las guerras de la independencia y las revoluciones democráticas, que es un tiempo que se va a cerrar cuando América Latina esté unida. El cronotopo bolivariano incide en las efemérides celebradas, las figuras y motivos que privilegia, el ritmo que asigna a los acontecimientos, las memorias que convoca, las subjetividades que reconoce y modela. Chávez se posiciona, así, frente a las integraciones regionales impulsadas por el desarrollo capitalista y busca darle a la nuestra un sentido político en el cual la recuperación de la memoria de la independencia es un aspecto esencial pero no suficiente: es necesario no clausurar la revolución primera y orientarla hacia el socialismo.

Me interesó, entonces, analizar cómo construye el objeto discursivo “socialismo del siglo XXI” a lo largo de discursos que van del 2004 al 2008, en lo cual la oposición al capitalismo se expone en valoraciones netas, que cristalizan en fórmulas como “socialismo o barbarie”. La dimensión didáctica, por su parte, se afirma en ejemplos que derivan a lo ejemplar y en variadas configuraciones análogas, entre otras, la comparación y la metáfora (a menudo hilada). Asimismo, como una insistente operación para hacer aceptable y decible el socialismo, en una época que, después de la caída del Muro, parece descartarlo como posibilidad de dar forma a una sociedad más equitativa, establece filiaciones diversas –desde el republicanismo independentista y el indoamericanismo al cristianismo tercermundista– y las vincula con la tradición socialista.

Estas difíciles articulaciones deben llegar a sectores amplios de la población, lo que le impone su intensa participación en los medios. Incursiona, así, en radio, televisión, editoriales de prensa, incluso en Twitter. Me centré en el momento fundacional de *Aló presidente*, la primera emisión radial. En ella, se define un modelo mediático-político caracterizado, por un lado, por el retomar persistente de los ejes centrales de su alocución, más allá de digresiones, anécdotas o temas relevados por los oyentes. Cuando las representaciones que busca imponer son estratégicas, es decir, destinadas a jugar un papel significativo en el proceso político, se reiteran en otras emisiones, con esquematizaciones variadas que expanden determinados aspectos, filtran otros u operan acomodamientos diversos, aunque mantengan notablemente estable el “núcleo duro”. Por otro lado, instaura un dispositivo enunciativo en el que se destaca el *ethos* de un hombre como los otros, en el que apela a una retórica de la proximidad con el auditorio y de un revolucionario que no acepta mordazas, lo que le permite exaltar el decir verdadero.

El medio colabora en la afirmación de un estilo político que se va a mostrar también en las alocuciones institucionales formales. Estudié así el estilo en los discursos de asunción a la presidencia y, siguiendo otra vez la ruta bajtiniana,

lo caractericé como un dialogismo generalizado expuesto, con su tono conversacional dominante, la acentuación del dispositivo enunciativo, la exposición de la heteroglosia social, la yuxtaposición de citas correspondientes a distintas fuentes enunciativas, la sostenida dimensión polémica y los insistentes procedimientos de reformulación. En relación con el estilo, me interrogué también acerca de cómo modela las subjetividades políticas en las que debía afirmarse la democracia participativa y cuáles son los mecanismos identificatorios que activa y las estrategias movilizadoras. Un aspecto importante es la dimensión emocional. Ella se acentúa en los últimos meses de vida, particularmente en el período que va del triunfo electoral a la intervención quirúrgica en Cuba. La emotividad patriótica y la vinculada con un compromiso personal y profundo con una revolución que tienda al socialismo se proyectan sobre los logros alcanzados, pero también sobre lo que falta por hacer. Emociones dichas, mostradas y que se pueden derivar de pequeños relatos pueblan sus discursos, sostienen los segmentos narrativos y cristalizan en la figura del "ardimiento", con el doble valor asociado tradicionalmente al fuego: da luz y, al mismo tiempo, consume aquello que lo hace posible.

Referencias bibliográficas

- Adam, J. (2011). *La linguistique textuelle*. París: Armand Colin.
- Althousser, L. (1970). *Idéologie et appareils ideologiques d'Etat*. París: Éditions Sociales
- Angenot, M. (1989). *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social*. Montréal / Longueuil: Éditions du Préambule.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Angermüller, J. (2013). *Le champ de la théorie. Essor et declin du structuralisme en France*. París: Herman.
- Arnoux, E. (2006). "Los comentarios periodísticos 'oficiales' sobre los bombardeos a Plaza de Mayo de 1955: en torno a la problemática de las formaciones discursivas". En: *Análisis del Discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Arnoux, E. (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, E. (2010). "Tomar / no tomar al pie de la letra". En: C. Hidalgo y C. Tozzi (comps.), *Filosofía para la ciencia y para la sociedad. Indagaciones en honor a Félix Schuster*. Buenos Aires: Editorial Clacso.
- Arnoux, E. (2011). "El objeto 'socialismo' en el discurso político de Hugo Chávez". En: T. Matienzo (comp.), *La argumentación*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Arnoux, E. (2012). "Potencialidades y limitaciones de los dispositivos argumentativos que articulan materiales clínicos y reflexión teórica en los escritos del campo psicoanalítico". *Cogency. Journal of Reasoning and Argumentation*, 4(2).
- Arnoux, E. (2015). "La dimensión didáctica en la construcción del 'socialismo del siglo XXI' en Hugo Chávez (2004-2008)". En: E. Arnoux y V. Zaccari (eds.), *Discurso y política en Sudamérica*. Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, E. (2018a). "Diseño de una política comunicacional y exposición de una matriz discursiva: la primera emisión de *Aló Presidente* (Hugo Chávez, 1999)". En: M. Dagatti y V. Sargentini (eds.), *Política e mídia. Avatares de uma relação conflituosa*. San Pablo: UFSCar.
- Arnoux, E. (2018b, en prensa). "Hugo Chávez: los modos discursivos de conmovir, movilizar y encauzar en el último tramo de su gobierno". *Universitätsverlag WINTER*, Heidelberg.
- Bally, C. (1909). *Traité de Stylistique française*. Tomo I y tomo II, París: Klincksieck.
- Bally, C. (1932). *Linguistique générale et linguistique française*. Berna: A. Francke.
- Bajtín, M. (1981). «Écrits du cercle de Bakhtine». En: T. Todorov (ed.), *Mikhail Bakhtine, le principe dialogique*. París: Seuil (primeras ediciones aparecidas entre 1926 y 1930, en textos firmados por V. Voloshinov, M. Bajtín y P. Medvédev).
- Barthes, R. (1957). *Mythologies*. París: Éditions du Seuil.
- Barthes, R. (1967). *Le système de la mode*. París: Éditions du Seuil.
- Barthes, R. (1980). *La chambre claire*. París: Gallimard.

- Benveniste, E. (1966). *Problèmes de linguistique générale*. París: Gallimard.
- Benveniste, E. (1974). *Problèmes de linguistique générale II*. París: Gallimard.
- Bonnafous, S. y M. Temmar (2007). «Présentation». En: *Analyse du discours et sciences humaines et sociales*. París: Ophrys.
- Caldas-Coulthard, C. (2008). "Da Análise do Discurso à Análise Crítica do Discurso: introduzindo conceitos". En: C. Caldas-Coulthard y L. Scliar Cabral, *Desvendando discursos: conceitos básicos*. Florianópolis: Editora da UFSC.
- Charaudeau, P. (2008). *Petit traité de politique à l'usage du citoyen*. París: Veubert.
- Charadeau, P. (2015). «Le maelstrom de l'interdiscours». En: J.-C. Soulages (dir.), *L'Analyse de discours. Sa place dans les sciences du langage et de la communication, Hommage à Patrick Charaudeau*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Cohen, M. (1912). *Le parler arabe des Juifs d'Alger*. París: Champion.
- Courtine, J. J. (1991). «Le corps et ses langages: quelques perspectives de travail historique». *Horizons philosophiques*, 1(2), pp. 1-11. doi:10.7202/800869ar
- Courtine, J. J. (2011). *Déchiffrer le corps: Penser avec Foucault*. París: Jérôme Millon.
- Culioli, A. (1968). «La formalisation en linguistique». *Cahiers pour l'analyse*, 9, pp. 106-117.
- Culioli, A. (1990). *Pour une linguistique de l'énonciation. Opérations et représentations*. Tomo I, París: Ophrys.
- Ducrot, O. (1994). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Edicial.
- Eco, U. (1990). *Les limites de l'interprétation*. París: Grasset.
- Eco, U. (1996). *Interpretation et surinterprétation*. París: PUF.
- Fairclough, N. (1988). "Register, Power and Sociosemantic Change". En: D. Birch y M. O'Toole (eds.), *Functions of Style* (pp. 111-126). London: Pinter.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- Fairclough, N. (2003). *Analysing discourse. Textual analysis for social research*. Londres: Routledge.
- Fairclough, N. (2000). "Representaciones del cambio en el discurso neoliberal". *Cuaderno de relaciones laborales*, 16, pp. 13-35.
- Fairclough, N. (2005a). "Discourse Analysis in organization studies: the case for Critical Realism". *Organization Studies*, 26(6), pp. 915-939.
- Fairclough, N. (2005b). «Critical Discourse Analysis». *Marges linguistiques*, 9, pp. 76-91.
- Fairclough, N. (2008). "El análisis crítico del discurso y la mercantilización del discurso público: las universidades". *Discurso & Sociedad*, 2(1), pp. 170-185.
- Fialá, P. (2007). «L'analyse du discours politique: analyse du contenu, statistique lexicale, approche sémantico-énonciative». En: S. Bonnafous y M. Temmar (coords.), *Analyse du discours et sciences humaines et sociales*. París: Ophrys.
- Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- Gennete, G. (1972). *Figures III*. París: Seuil.
- Ginzburg, C. (1986). *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.

- Gramsci, A. (1959). *Ouvres choisies*, París: Editions Sociales.
- Greimas, A. (1948). *La Mode en 1830. Essai de description du vocabulaire vestimentaire d'après les journaux de mode de l'époque*. Thèse principale, doctorat d'état de l'Université de Paris.
- Greimas, A. (1976). *Sémiotique et sciences sociales*. Paris: Éditions du Seuil.
- Grize, J. B. (ed.) (1984). *Sémilogie du raisonnement*. Berna: Peter Lang.
- Grize J. B. (1996). *Logique naturelle et communications*. Paris: PUF.
- Halliday, M. A. K (1973). *Explorations in the Fonctions of Language*. London: Edward Arnold.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1980). *L'énonciation. De la subjectivité dans le langage*. Paris: Armand Colin.
- Kress, G. y Van Leeuwen, T. (2001). *Multimodal discourse. The modes and media of contemporary communication*. Londres: Arnold.
- Lacan, J. (1966). *Écrits*. Paris: Seuil.
- Lacan, J. (1973). *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Paris: Seuil.
- Lois, E. (2001). *Génesis de la escritura y estudios culturales. Introducción a la crítica genética*. Buenos Aires: Edicial.
- Maingueneau, D. (1999). «Peut-on assigner des limites à l'analyse du discours?». *Modèles linguistiques*, XX(2).
- Maingueneau, D. (2014). *Discours et Analyse du discours*. Introduction. Paris: Armand Colin.
- Maingueneau, D. (2015). «Analyse du discours et analyse des interactions orales: problèmes de frontière». En: J.-C. Soulages (dir.), *L'Analyse de discours. Sa place dans les sciences du langage et de la communication, Hommage à Patrick Charaudeau*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Martin, J. y White, P. (2005). *The language of evaluation. Appraisal in English*. Londres: Mc Millan.
- Malidier, D. (1971). «Le discours politique de la guerre d'Algérie: approche synchronique et diachronique». *Langages*, 23.
- Mazière, F. (2005). *L'Analyse du discours*. Paris: PUF.
- Meyer, M. (2001). "Between theory, method, and politics: positioning of the approaches to CDA". En: Wodak y M. Meyer (eds.), *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp. 14-31). London: Sage.
- Mondada, L. y Dubois, D. (1995). «Construction des objets de discours et catégorisation: une approche des processus de référenciation». En: A. Berrendonner y Reichler-Béguelin, M. (eds.), *Du syntagme nominal aux objets-de-discours: SN complexes, nominalisations, anaphores* (pp. 227-271). Suiza: Université de Neuchâtel.
- Pardo Abril, N. (2007). *Cómo hacer análisis crítico del discurso. Una perspectiva latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pêcheux, M. (1969). *Analyse automatique du discours*. Paris: Dunod.

- Pêcheux, M. (1975), «Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours». *Langages*, 37.
- Pêcheux, M. (1984). «Sur les contextes épistemologiques de l'AD». *Mots*, 9.
- Perelman, C. y Olbrechts-Tyteca, L. (1958). *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*. París: PUF.
- Prieto, L. (1975). *Études de linguistique et de sémiologie générales*. Genève: Droz.
- Propp, V. (1965). *Morphologie du conte*. Seuil: Coll Points.
- Saussure, F. (1916). *Course de linguistique générale*. París: Payot.
- Toulmin, S. (1958). *The uses of argument*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Van Dijk, T. (1991). *Racism and the Press*. London: Routledge.
- Van Dijk, T. (1998). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. (2003). *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. (2015). "Discurso das elites e racismo institucional". En: G. Proença Lara y R. Pacheco Limberti (coords.), *Discurso e (des)igualdade social*. San Pablo: Contexto.
- Wodak, R. (1996). *Disorders of discourse*. Londres: Longman.
- Wodak, R. (2000). *Discourse and discrimination: Rhetorics of racism and antisemitism*. New York: Routledge.
- Wodak, R. (2003). "El enfoque histórico del discurso". En: R. Wodak y M. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 101-141). Barcelona: Gedisa.
- Zima, P. (2005). «Le concept de théorie en sciences humaines. La théorie comme discours et sociolecte». En : J.-M. Adam y U. Heidmann (coords.), *Sciences du texte et analyse de discours* (pp. 21-36). Ginebra: Slatkine Érudition.